

## Regresando a casa

Elías Argüello Alonso

Bajé del coche con aquel miedo a no recordar, después de tantos años, la niñez que dejé olvidada en aquellas cuatro calles de mi pueblo. La iglesia, el pilón, el potro para herrar a los animales, la casa del abuelo, el cementerio... casi todo estaba en su sitio. Todo limpio, cuidado, solamente faltaban aquellas ciento treinta personas que me vieron amanecer a la vida en 1949. El pueblo estaba en silencio, sin niños, con apenas cinco habitantes que disfrutaban de las comodidades que nosotros no pudimos imaginar, hasta las golondrinas parecían haberse marchado pues no veía sus nidos en los alerones de los tejados.

La casa del abuelo, donde nací, sigue en pie, bien cuidada. No vino el médico ni el practicante a verme llegar a Peones de Amaya, mi pueblo; las mujeres se apañaban para traernos al mundo sin muchos preparativos y con pocos miramientos. La luz de los candiles debió alumbrar la habitación, pues fui a nacer de noche, y el agua del pilón serviría para que pudiera asomarse al mundo limpio el hijo de una madre primeriza que me convertiría en primogénito de una larga prole.

Como niño que era no vi el canasto en que mi madre me llevaba al arroyo para lavar aquellos pañales de tela que me mantenían aseado ni recuerdo las veces que dormí a la sombra de uno de los pocos árboles que había en los campos cuando la familia entera recogía la cosecha. Mis primeros recuerdos se mueven junto al césped del arroyo y en aquellas nevadas que parecían apartarnos para siempre del mundo y de los vecinos.

Peones era un pueblo de secano donde los labradores andaban mirando al cielo suplicando lluvias, a veces paseando al santo, o pidiendo a la nieve que les dejara arar los campos. Excesivo el calor en verano y duros los inviernos junto a la glorieta o durmiendo en la habitación, que estaba sobre la cuadra de los animales, calentando las sábanas con cantos redondos para poder dejar que el sueño llegara entre miedos a fantasmas que movían las cortinas de la habitación.

El aro, los nidos de colorines, los renacuajos, el escondite, la tuta, correr las gallinas de la señora Simona que salía a perseguirnos con la escoba, el marro, el frío del atardecer en la trasera de la iglesia, la pequeña pelota maciza verde, que regalaban con los zapatos del Gorila y que servía para jugar a cuantas cosas imaginábamos, eran el día de día de aquellos niños sin móvil ni televisión. La calle, siempre la calle, hasta que podíamos ayudar en las labores de casa o del campo. La escuela era para la mayoría de niños y niñas un sitio de paso que nos recogía mientras los padres trabajaban. Una única clase para todos los alumnos del pueblo donde la vara del maestro, la estufa, los mapas, las cartillas de Micho y la enciclopedia Álvarez acompañaban a algunos hasta tener la edad de marchar a los frailes o ponerse a trabajar en casa. Muchas faltas de asistencia si había otras urgencias.

Cuando llegaban los 10 años pasaban los frailes a recoger vocaciones y las familias encantadas de que se llevaran a sus hijos soñando con un futuro mejor que el que ellos habían heredado. Mis padres ya debían comenzar a pensar en marchar del pueblo pues las tierras del abuelo no podían alimentar a sus ocho hijos y la prole que cada uno de ellos decidiera traer al mundo no tenía allí futuro.

Mis abuelos tenían medios económicos, yo era uno de sus primeros nietos y decidieron entre todos, porque el maestro sabía que era listo, mandarme a Zamora a estudiar bachillerato en un instituto público. Un milagro que se repetía muy poco en aquellos pequeños pueblos castellanos pero el maestro de la vara, mi padre, quería que nosotros estudiáramos y quizá no era muy amigo de mandarnos a los frailes. Yo no había salido nunca de los alrededores de Peones: a las fiestas de Amaya, el pueblo del que en siglos pasados fuimos siervos, a dos quilómetros, y una vez al mercado de Villadiego en la parte de atrás de un carro rodeado de huevos, gallinas y quesos.

Aquel viaje a examinarme de ingreso en Zamora, con 10 años y pantalón corto, era una experiencia cargada de miedos y sorpresas. El tren, los coches, la luz, la ciudad, un mundo extraño que hacía inolvidable mi presencia, sin deseos de verla repetida, ante un tribunal con cinco profesores que me examinaban, con cura incluido.

Abandoné el pueblo para vivir en una ciudad desconocida, en casa de una tía viuda, rodeado de estudiantes muy mayores que querían ser maestros porque parecía que era lo único que se podía estudiar en aquella ciudad en 1960. Estaban a patrona y traían las legumbres de sus campos lo que convertía el cocido en el menú diario, con sopa, garbanzos, tocino y poca carne. De alguna manera fue mi primera emigración, la más dura, porque perdí de vista durante nueve meses a mis padres, a mis amigos del aro, a la roña de mis rodillas que se lavaban una vez a la semana y a aquellas noches estrelladas vigiladas por fantasmas.

Había luz y agua en casa, el Duero amenazaba en sus crecidas la calle Ignacio Gazapo y mi cartera llena de libros me llevaba cada mañana al instituto Claudio Moyano. Comenzaba mi penitencia con una gran cuesta, la de Balborraz, que me dejaba sin fuerzas al llegar a la Plaza Mayor pero debía seguir aquel largo camino por Santa Clara hasta la Farola y soñar a lo lejos la meta, el instituto. Un niño solitario con 10 años, cargado con una pesada cartera a la espalda, llegando a un lugar donde los profesores eran catedráticos bastante ajenos a los sentimientos de sus alumnos.

El cura, don Albino, don Marcelino el de la Formación del Espíritu Nacional, un profe de lengua que tenía la mano larga, un ambiente frío que cobijaba a 40 alumnos que apenas llegabas a conocer porque tu casa estaba al otro lado, cerca del puente de piedra, como tus amigos de Peones. Debí dar pena a mi tía porque al año siguiente cambió de piso, de barrio y de pupilos. Nuevos compañeros de mesa camilla, siempre mayores pues también estudiaban magisterio, para mirar los libros y realizar tareas de mal estudiante, ávido lector de tebeos del Guerrero del Antifaz y del Capitán Trueno si podía esquivar la vigilancia de doña Teodora, mi tía.

Me había hecho mayor y en verano en el pueblo ayudaba a cargar morenas, a empujar a las lentas vacas en el trillo rodeando la parva, a espigar, a limpiar la cuadra o a sacar a pacer a las cabras. Ya no era tiempo de juegos, la casa del abuelo seguía llena de personas y las horas cargadas de faenas que me imagino a nadie gustaban. Hasta marchar del pueblo me liberaba porque comenzaba a vivir en otro Planeta donde la

luz, el agua, los futbolines, el cine y la televisión me regalaban un nuevo mundo al que yo había sido enviado por la bondad de mis padres.

Ahora vivía cerca del Instituto, en la calle de un general muy malo que había crecido a la sombra de Franco y había ascendido a dicho cargo con solamente 49 años, se llamaba Aranda y ha desaparecido del callejero para recordar al músico zamorano Alonso de Tejada. Yo no sabía quién era aquel general, ni que se había levantado contra la República, pero aprendí a jugar en la tierra de su calle con las chapas de las botellas haciendo largas carreras ciclistas, en carreteras construidas en el suelo con nuestras manos, con los nombres de Anquetil, Stablinski o Pérez-Francés.

Luego llegarían los partidos en el campo Tuerto, las peleas a pedradas con los chicos de los bloques, las miradas de niños con pantalón corto al patio de las niñas del María de Molina, las películas y los futbolines de la OJE, la misas, los cines y el campo de hierba de fútbol de los salesianos, las escapadas a los tres árboles, el robo de almendrucos y manzanas verdes, en fincas cercanas a la calle del general, o las primeras campanas para hacer de niños mayores con los primeros celtas cortos y las niñas en Valorio.

Mi padre, el maestro, deseaba volver a Zamora pues era donde trabajaba antes de la guerra, en una churrería, pero hacían falta muchos años de servicio para poder entrar allí de maestro. Sus cinco hijos le convirtieron en un hombre de campo, tenía dos vacas, la Paloma y la Tasuga, gallinas, como la tía Simona y todos los habitantes del pueblo, pavos, dos cabras, una huerta con todos los garbanzos, lentejas, zanahorias, ajos y cebollas imaginables y una casa pequeñita al lado de la iglesia. Con los sobresueldos que proporcionaban los animales y el campo acabó comprando una moto, una SB, con la que podía irse a pescar que era su gran afición, bueno fumar pescando en el río, y hasta llevarme algún año de regreso a Zamora. Debía recordar su juventud junto al Esla, allá en Castrogonzalo, donde había venido al mundo.

Mi madre, la hija del rico del pueblo, entre lavar pañales en la poza del arroyo, alimentar a su prole, ordeñar a los animales, cuidar la casa, hacer quesos y ayudar en casa del abuelo, cuando el trabajo ago-

biaba, andaba siempre liada y nosotros vivíamos muchas horas en la calle como todos los niños del pueblo. Al ver que sus hermanos iban haciendo las maletas para Madrid, donde ejercían de porteros o repartían cartas, y que sus hijos se iban marchando a estudiar, ya éramos tres en Zamora, acabó aceptando que era hora de abandonar su pueblo, la calceta y el rosario, y pensar en el futuro de su familia. El tener que separarse de su hija mayor tuvo también su influencia en las decisiones que se tomaron y que me afectarían directamente.

Una maestra, conocida de Zamora, se había trasladado a Sabadell, en Catalunya, y les contaba maravillas de cómo se vivía de bien allí y del dinero que se ganaba haciendo horas extras. Quizá la soledad de las dos hermanas buscaba también la compañía de un paisano en un barrio donde eran mayoría andaluces y murcianos. Sabiendo que podrían subsistir y que el instituto y la universidad estaban cerca, para que pudieran estudiar todos sus hijos, acabó decidiéndose a pedir una plaza de maestro en el concurso de traslados que se celebraba cada año.

De nuevo lejos de Peones y ahora también de Zamora. Comenzar una nueva vida lejos del mundo que yo y mis hermanos habíamos conocido. La verdad es que las dos hermanas no habían exagerado, nos dieron casa gratis al lado de la escuela, en un barrio con las calles sin asfaltar, y mi padre recibía ayudas del ayuntamiento y daba clases particulares hasta que se hacía muy de noche. Económicamente podía subsistir, y él se relacionaba con sus compañeros, pero la adaptación del resto de la familia se hizo muy difícil.

Toribio, Frías y todos los amigos de Zamora desaparecieron de golpe y Peones, cada vez más despoblado, dejó de ser visitado en los veranos, porque ahora había clases para recuperar a los rezagados y ayudar a la economía familiar. Los hijos fuimos añadiendo los brazos para ayudar en las clases de mi padre a los estudiantes y que así fueran más los alumnos los que podía acoger mi padre en nuestra casa.

Nuestro barrio, Can Oriach, era un barrio de personas venidas de Andalucía y Murcia que buscaban trabajo y pasaban meses viviendo en las cuevas de San Oleguer, o en casa de conocidos, hasta ahorrar lo suficiente para comprar un terreno, que venía a valer unas 6000 pesetas

dando una entrada de trescientas o cuatrocientas pesetas, e ir construyendo sus casas. Estas se agrupaban, las llamaban estadas, y en ellas varias familias compartían un sencillo retrete y el agua que llegaba de la fuente. Poca luz, calles con barro, casas cerca de un barranco, construidas con materiales de baja calidad y donde los sacos hacían de cristales en las ventanas.

Los pisos de los maestros tenían luz y agua corriente porque el colegio Miguel Carreras había sido construido en 1962, era el primero del barrio y tenía esos privilegios. Estábamos lejos del centro de Sabadell, muy lejos, hasta la policía municipal, a caballo, vigilaba que no se construyesen más casas y hasta 1972 no se comenzó a pavimentar nuestra calle. Yo y mis hermanos ya llevábamos años pisando barro cuando llovía.

Mi hermana tenía que desplazarse lejos para ir al instituto porque en el más cercano solamente podían estudiar los chicos. Éramos de todos modos unos privilegiados en aquel barrio de trabajadores del textil y la metalurgia que madrugaban para ir andando al trabajo. La mayoría de aquella población joven trabajaba de peón y difícilmente conseguiría dejar de serlo. Alguno de mis hermanos probó a qué sabían las muchas horas y poco sueldo de las fábricas textiles cuando los estudios dejaban tiempo y yo volví a “emigrar” por España enseñando, en los veranos, las playas a los turistas haciendo de guía.

Llegaron muchos maestros castellanos, de aquellos que estudiaban en Zamora y otras provincias, y las escuelas catalanas se convirtieron en un lugar de trabajo apetecible para sus enseñantes. Eran mayoría en los colegios de nuestro barrio que crecía vertiginosamente con la llegada de nuevos inmigrantes que ponían su esperanza de mejorar en el trabajo de los hijos de sus familias numerosas. Los ingresos del padre apenas cubrían el gasto en alimentos y con muchos sueldos pudieron ir saliendo adelante muchos de sus vástagos.

Alguna vez volvíamos a visitar Peones, a vender la casa del abuelo, a visitar el cementerio o a revivir recuerdos de aquella infancia lejana. Vimos cómo marchaba la gente a Madrid y a Euskadi pero volvían en verano o para las fiestas del Rosario, pero nosotros nos fuimos

alejando cuando la familia vendió las últimas tierras y quedamos desligados de la tierra que nos había visto crecer.

Siempre te queda aquel sentimiento de ser castellano, de pertenecer a aquella tierra a la que vuelves con tus escritos, con tus recuerdos o con las visitas esporádicas para ver el retablo barroco de la iglesia o subir al campanario donde aún habitan las cigüeñas. Hubo años en que en aquel barrio de Sabadell, que comenzaba a disfrutar del progreso de sus gentes, sacábamos los pendones morados a la calle y nos juntábamos a comer unos cuantos castellanos para celebrar Villalar, como lo hacían quienes permanecían en nuestra tierra. Éramos pocos pero no dejaban de ser sentimientos compartidos lejos de aquellas tierras, aunque secas y despobladas, queridas.

Mi padre volvió a Zamora, a su tierra, a pescar en el río Valderaduey y a disfrutar de su jubilación cerca de aquella patrona, su hermana, que había custodiado la vida de sus hijos y con la que había compartido horas del amanecer elaborando y vendiendo churros. Nosotros nos acostumbramos a regresar a aquella ciudad, que habíamos conocido con pantalones cortos, para pasear, hacer unos pinchos o unos tiberios y dejar que la siesta evitase el calor y que la noche regalase la frescura de un buen sueño.

Sigo volviendo a la ciudad para vigilar el Claudio Moyano y caminar por los Tres Árboles a la vera del Duero hasta llegar a la calle Ignacio Gazapo, amenazada por el río, y visitar la iglesia de santa Lucía para comprobar que cada año hay más cigüeñas crotoreando por Zamora, afianzando entre ellas su relación. Viriato, la Catedral, Valorio, Santa Clara... ya no hay huertas cercanas a la Farola donde robar almendrucos con miedo a las balas de sal ni tiene nombre de general aquella calle que veía avanzar las chapas de las botellas por la carretera de tierra que construían aquellos niños para jugar pero cada rincón sigue guardando secretos de una inocente adolescencia.

Desde Soria a Barruelo de Santullán, desde aquellas vacaciones en el Lago de Sanabria hasta el cordero de Villadiego van llenando veranos entre nuestras comidas típicas e nuevas iglesias románicas descubiertas.

Y siempre Peones, aquel pueblo de gallinas en la calle y nidos de colorín en las zarzas, donde ya apenas queda vida pero donde siempre perdurarán los recuerdos de quienes vinieron al mundo en sus casas, rodeados de candiles. Vuelvo al coche pero no puedo evitar decir adiós con nostalgia al pilón que tantas veces visité con el caldero para llevar el agua que faltaba en casa.

Al salir del pueblo me despide la Peña de Amaya, vigilante eterno del pueblo, que mantiene en su memoria estas tierras secas, verdes en primavera, que vieron cómo aquellos labradores consiguieron dar vida a quienes tuvimos que marchar lejos en busca de fortuna. Quizá la fortuna permanece silenciosa junto a aquella poza donde las mujeres rompían el hielo para poder lavar nuestra ropa.